

yormente viéndose poco despues Motasim harto ocupado con la conjuracion árabe y luego con otras revueltas. Así no vemos que se haga mencion durante algun tiempo sino de alguna que otra expedicion de merodeo, así por tierra como por mar, de canjes de prisioneros y otros hechos por el estilo; solo en tiempo de Mutawakkil vuelve á ser mas seria la lucha. Una arbitraria tentativa de este á menudo considerado monarca para destruir la casi independencia de que los co-príncipes armenios habian gozado siempre bajo la soberanía musulímica, y que procuraban extender á la sazón, le atrajo en 237 (852) un peligroso levantamiento de todo aquel país, que solo en 238 (852-853) lograron reprimir con bastante trabajo los turcos á las órdenes de Boga el mayor.

El califa no se atrevió á insistir en la realizacion de su designio primitivo; porque, como de costumbre, los bizantinos habian aprovechado la ocasion para saquear por su parte los distritos fronterizos, en lo que no cesaron hasta 243 (857), y ya en 238 (852-853) una escuadra griega de 300 naves habia hecho un desembarco en el Egipto y saqueado á Damietta. Como otras complicaciones interiores tenian harto ocupadas á las tropas de Mutawakkil, es probable que los musulimes habrian sufrido reverses mucho mayores si por aquella misma época las medidas político-religiosas adoptadas por la emperatriz Teodora contra la secta de los paulicianos (1) no hubiesen obligado á pasar la frontera á gran número de estos hombres enérgicos. Fueron acogidos con la mayor cordialidad por Omar Ibn Abdallah (2), comandante general de las «defensas,» y establecidos en territorio musulímico, al cual ayudaron con ardor á defender de los ataques de los bizantinos y desde el cual lograron muy pronto constituirse en Tefrike, en la Pequeña Armenia, en un fuerte punto de resistencia dentro del mismo territorio enemigo. Finalmente, en el año 244 (858) Boga pudo ya con los turcos hacer frente á los griegos, y así él como luego, en 246 (860), el mismo Omar Ibn Abdallah consiguieron infligirles fuertes descalabros. Mas la creciente ocupacion que proporcionaban á los pretorianos las revoluciones palaciegas y las contiendas civiles cambió este estado de cosas, en tiempo de Musta'in, de la manera mas desastrosa para el Islam. Wasif, que aun en el año 248 (862) habia logrado hacer una provechosa incursion en territorio bizantino, regresó á Samarra, y en 249 (863) Omar con todo su ejército fué envuelto y destrozado por el general griego Petronas al Norte del Tauro. Que en la época calamitosa desde Mo'tás hasta Móhtadi no perdieran los musulimes todo el territorio de las «defensas,» lo debieron únicamente á la circunstancia de que tampoco en Constantinopla era mejor la situacion interior: complicaciones religiosas y la violenta transmision de la soberanía á la dinastía macedónica (3) impidieron á los griegos aprovechar debidamente la decadencia del califato. Tan pronto como el emperador Basilio hubo consolidado su trono, no dejó de embestir fuertemente á los sarracenos, mas solo por inutilizar á los paulicianos, que seguian implantados en su imperio cual dardo en su propia carne. En dos campañas, en 257 (871) y 259 (873), los derrotó repetidas veces, y en este último año, despues de haber resguardado su flanco por medio de un vigoroso avance en el territorio árabe, entre Melitene y Samosata, se apoderó de Tefrike. Tenia, pues, ya completa libertad de accion para atacar las «defensas,» á principios de 263 (876) reconquistó á Lulua, que habia pertenecido al imperio, y devastó en el mismo año (877) todo el país entre el Tauro y Mar'asch. La expedicion de represalias que intentaron los árabes en 265 (878) les fué tambien adversa, y

(1) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

(2) U Obeidallah; no está bien determinado cuál de los dos.

(3) Véase Hertzberg.

solo en 270 (883-884) lograron por primera vez desde tanto tiempo un marcado triunfo. Desde entonces continuó la guerra durante algunas décadas con éxito vario, en la antigua forma de incursiones en los territorios fronterizos de la Siria y del Asia Menor. Al propio tiempo, comienzan otra vez las expediciones marítimas por una y otra parte, no tanto con propósito de hacer conquistas como para desembarcar en un punto cualquiera de las costas enemigas, causar la mayor devastacion posible con grande rapidez y volver á hacerse á la vela. Verdadera guerra de corsarios, cómoda y rica en botin para los musulimes, ya que Creta, situada en el mismo corazon de las posesiones bizantinas, era á la sazón tierra de amigos para ellos. Los mismos sarracenos cretenses no vivian de otra cosa mas que de la piratería que ejercian en el mar Egeo, y hasta muy adentro en el Adriático (4); pero tambien desde la costa sirio-cilicia, particularmente desde Tarso, los ligeros cruceros árabes emprendian sus expediciones hasta cerca del mismo puerto de Constantinopla. Los cronistas bizantinos hacen mencion de una de estas expediciones ya en el año 880 (266-267), á la que siguieron luego otras; pero, verdadero carácter temible no llegaron á tener tales empresas piráticas sino en tiempo del renegado Leon, que procediendo de la Tripoli siria sembró, desde 291 (904), el terror en todas las costas del mar Egeo, con su escuadra de mas de 50 barcos bien tripulados. En aquel mismo año cayó con sus corsarios sobre Tesalónica, la segunda ciudad del imperio bizantino, donde saqueó y asesinó durante diez dias, llevándose miles de prisioneros (5); en los años siguientes, así él como sus correligionarios cretenses continuaron perpetrando sus atrocidades en el Archipiélago, y solo en 926 (313-314) el almirante bizantino Radinos logró destruir la escuadra de Leon en las aguas de Lemnos. No operaron con peor éxito por tierra los árabes en tiempos de Móhtadi y Múktafi, pues conservaron todas sus posesiones é hicieron en el Asia Menor correrías mas provechosas que los bizantinos en el territorio de las «defensas,» pero con la nueva decadencia del califato comenzaron á paralizarse, como era natural, las operaciones militares, y sucedió entonces lo que no se habia visto hacia mas de cien años: la fuerte línea de las fortalezas bizantinas fué rota por el general armenio-bizantino Juan Kurkuas, tomada Malatia por los griegos en 314 (926), devastada la Armenia hasta la capital, Dwin, en 315 (927) y en 316 (928) ocupada por los griegos la parte occidental del país hasta Erzerum, así como la Mesopotamia septentrional, entre Meiyafarikin, Ámid (hoy Dyarbekir) y Malatia, en 317 (929). Ciertamente los lugartenientes árabes, así de Mosul como de Tarso, intentaron rechazar á Kurkuas, pero no lo consiguieron sino momentáneamente, y desde 322 (934) Samosata, Malatia y toda la Armenia occidental quedaron perdidas para el Islam por bastante tiempo.

Las revoluciones palaciegas y las revueltas, cada vez mas frecuentes, en la residencia de los califas ejercieron aun mas funesto influjo que en la defensa de las fronteras contra el extranjero, en la actitud de aquellas provincias que no estaban bajo la inmediata tutela de los pretorianos turcos. En casi todas ellas existian elementos que solo aguardaban la primera muestra de debilidad por parte del gobierno central para romper con él. Aquel antagonismo que en el Este habia perdido su acrimonia con la segregacion de hecho de

(4) Véase por lo que toca á estos hechos, que tienen mayor significacion para el imperio bizantino que para el Islam, Hertzberg, *Historia de los bizantinos*.

(5) 22,000 dicen los bizantinos; pero muy difícil parece su transporte en los 54 barcos (Hertzberg). Es mas verosímil la cifra de 5,000 que consignan los árabes.

de la Persia, se mantenía vivo en las provincias de lengua árabe: el antiguo espíritu de independencia de las tribus, precisamente hostil á todo sólido organismo político, era natural que siguiese existiendo todavia allí donde los varios grupos de tribus no se habian fundido por sí mismos unos con otros gradualmente, como habia sucedido en las grandes ciudades del Irak. De consuno con esta tendencia influía tambien en muchas comarcas de la Siria y la Mesopotamia la tradicion de la época omniada, que se perpetuó cuando menos bajo la forma de marcada aversion hacia los abasidas. Al Norte, en el Aderbidyan y en las provincias caspias, se apoyaban mutuamente el comunismo y la rebeldía de los belicosos pueblos montañeses, deilemitas, tabaristanes y curdos; y en todas partes donde habia descontento, los alidas no se descuidaban, como en todos tiempos supieron hacerlo, en explotarlo en beneficio de sus intereses. Ahora bien: tan pronto como el gobierno central no estuviera ya en condiciones de ejercer influencia directa en las provincias, todas estas aspiraciones, y la muy natural de los lugartenientes de emanciparse cuanto posible fuera de la dependencia del califa, habian de contribuir á crear una situacion en el mas alto grado peligrosa para la existencia del imperio; y en las provincias septentrionales es donde mas pronto se manifestó el peligro.

Ya hemos hecho sobrada referencia á la rebelion khurramita en el Aderbidyan para que tengamos que entretenernos ahora en mas que una sucinta exposicion de su curso. Tras las primeras agitaciones, ocurridas todavia en tiempo de Harun, logró Babek, en el año 201 (815-816), durante el califato de El-Ma'amun, dar nuevo impulso al movimiento y muy pronto enseñorearse de todo el Aderbidyan, y despues (hasta 211=826) tambien de las comarcas vecinas de la Armenia y la Media hasta Mosul y mas allá de Hamadan. Es verdad que Mosul fué sometida en 212 (827) por Mohammed Ibn Homeid, pero este general, peleando con el mismo Babek, perdió la batalla y la vida en 214 (829), y su sucesor se ocupó, mas que en someter al rebelde, en vejar á los medos, á los cuales, como es de suponer, no se logró por este medio hacer mas adictos al gobierno. El primer triunfo verdadero no se consiguió sino en tiempo de Motasim, cuyo general persa Isjak Ibn Ibrahim derrotó en Hamadan, en el año 218 (833), á los revoltosos de la Media, con los cuales estaban tambien los de Isphahan. Púdose ya operar entonces contra los mismos khurramitas, y se hizo principalmente urdiendo todo género de traiciones en el propio campo de Babek, por medio de las cuales se logró impedir su avance y ganarle terreno poco á poco. Desde 220 (835) toman parte en la lucha los turcos á las órdenes de Boga y Afschin, teniendo éste el mando en jefe y mostrándose muy pronto superior al rebelde en su propio país en astucia y habilidad para aprovechar las ventajas del terreno. Ciertamente que en el año 221 (836) fué rechazado un ataque que se dió á la fortaleza principal de Babek, *El-Badh*, pero poco despues Afschin mandó asesinar á Tarhan, uno de los mas capaces caudillos de Babek, y en 222 (837) fué tomada por asalto la guarida de los por todas partes cada vez mas estrechados comunistas, á lo que parece no sin emplear desleales ardides. Antes de terminar el mismo año caían prisioneros Babek y los pocos fieles adictos con que habia escapado. El jefe khurramita fué bárbaramente ajusticiado en Samarra, en 223 (838), despues de haberle dado en espectáculo al pueblo, paseándole sobre un elefante por las calles de la ciudad. Apenas estuvo conjurado este peligro, cuando el Ispehbed del Tabaristan, Masiyar Ibn Karin, negó su obediencia al califa (224=839). Seguramente que solo al cabo de mucho tiempo se habria logrado, aun

con las fuerzas reunidas del califa y del tahirita Abdallah, á cuya jurisdiccion pertenecia la costa meridional del mar Caspio, someter aquella provincia, de tan difícil acceso, si el mismo Masiyar no hubiese facilitado en gran manera la tarea. Para oponer la mayor resistencia posible, arrancó de sus súbditos enormes sumas, obligó á los habitantes de las principales poblaciones de la costa, Sariya y Amul, á emigrar á Hormisdabad, en la montaña, y cometió varias otras arbitrariedades por el estilo. Así, sus propias gentes le vendieron, y hecho prisionero fué luego ajusticiado en Samarra. La sumision de estas comarcas, de continuo tan turbulentas, fué esta vez particularmente provechosa al Islam: solo entonces se convirtió á la verdadera fe la masa de la poblacion y dejó que se destruyeran los templos del Fuego. Pero esto mismo debia ser funesto para el gobierno: los nuevos musulimes perseveraron en su aversion al califato y se mostraron desde entonces ardientes partidarios de los alidas, que ya habian tenido favorable acogida entre los deilemitas, vecinos de aquellos. Por eso cuando en tiempo de Musta'in, en el año 250 (864), algunos empleados árabes se permitieron desafueros que los tabaristanes no estaban en modo alguno dispuestos á tolerar, llamaron al alida Hasan Ibn Seid, que residia en Rei. No titubeó éste en ponerse al frente de la rebelion, y si bien los tahiritas le arrojaron por el pronto del país, acabó tras porfiada lucha por establecerse de nuevo en él y sostenerse perdurablemente, y así se fundó otra dinastía alida dentro del imperio abasida.

En otros puntos tambien proseguian con ardor su propaganda estos enemigos jurados del califato abasida. Ya trataremos con la debida conexión, en uno de los capítulos siguientes, del incesante y oculto trabajo de zapa que en su nombre se hacia en todas partes y que es independiente de las tentativas de los seiditas para hacer valer de continuo por medio de repetidas rebeliones los derechos de la casa de Alí al califato. Uno de estos alzamientos ocurrió en tiempo de Motasim en la provincia persa de Talekan (219=834) y fué dominado sin gran esfuerzo por el tahirita Abdallah. Mas graves fueron los promovidos durante el desdichado califato de Musta'in, que en el año 250 (864) perturbaron á Kufa y á medio Irak y en 251-252 (865-866) á la mayor parte del Hedyaz. No fueron entonces solo los seiditas los que se alzaron en armas sino principalmente los turbulentos beduinos, que aprovechaban con entusiasmo toda ocasion para rebelarse y dedicarse al pillaje, y que desde el advenimiento de los abasidas solian ponerse al servicio de los seiditas, como lo habian hecho en tiempo de los omniadas con los jaridschitas. Estos últimos, por su parte, seguian dando todavia señales de vida hacia el Norte: entre Mosul y la Armenia, en las comarcas llamadas Diyar Bekr y Diyar Rab'á (1), se perpetraban el nombre y los principios democráticos de la antigua secta entre las tribus árabes, que así como antes dieron tambien á la sazón bastante quehacer en el reinado de Wathik (231=845-846) y en el de Mutawakkil (234=849). Ibn El-Ba'eth, que fué el jefe de este último movimiento, se corrió al montañoso Aderbidyan y se defendió tenazmente en el fuerte Merend contra Boga el menor, hasta que una traicion le entregó al turco. Pero solo desde 253 (867) se hizo constante la rebeldía de esas comarcas. Un jaridschita, llamado Musawir, levantó entonces la bandera de la rebelion en Ba-

(1) O sea «morada de los Bekr» y «morada de los Rab'á.» Varias tribus de Bekr Ibn Wail y de los tambien ismaelitas Rab'á El-Faras, que en tiempos antiguos habian habitado juntas en la Arabia oriental y septentrional, habian emigrado á la Mesopotamia ya antes de Mahoma y establecieron en las comarcas indicadas en nuestro texto. Ámid, capital de Diyar Bekr, lleva hoy tambien este último nombre, propio de todo el distrito.

wasidsch, al Sur de Mosul; y no solo se le unieron los árabes sino también muchos curdos, que ya en 227 (842) (1) y 231 (846) se habían alzado en armas y lo mismo entonces como hoy todavía, estaban y están siempre á mano en todas ocasiones en que hay probabilidad de robo y pillaje. Así durante la época revuelta de Mo'otás y sus inmediatos sucesores se hizo tan fuerte la secta en aquella provincia, que aun despues de mejorada la situacion en tiempo de Mótamid, no logró imponérsele el enérgico Muwaffak. Fué finalmente vencida por Mótadid en 280-283 (893-896), y desde esta época las aspiraciones separatistas, implantadas ya para siempre en Mosul y su comarca, se desenvuelven en el terreno puramente político.

La causa inmediata del alzamiento promovido por Musawir fué, lo mismo que la de la exaltacion de Hasan en el Tabaristan, un desafuero del primer funcionario del gobierno local. Se comprende desde luego que los delegados de los califas y pretorianos no procederian con mucho mayor tacto que el que se observaba en la capital; sus disposiciones, unas torpes y otras reprobables, eran con harta frecuencia las mas á propósito para promover la explosion de la latente irritacion del pueblo. Ya en el califato de Motasim un motivo parecido ocasionó un peligroso alzamiento. Un soldado habia maltratado á la esposa ó hermana de un tal Abu Harb; éste mató al insolente, huyendo á la montaña para librarse de la persecucion, y comenzó á predicar la guerra contra la impía raza abasida, pretextando ser un descendiente de los omniadas. Porque, lo mismo que Mokanna, se cubria el rostro con un velo, *Borkwa*, á usanza de las mujeres, le dieron el nombre de El-Mubarka, «el velado», y fué tal la adhesion que halló entre los yemenitas que Radschá, enviado por Motasim para derrotarle, no se atrevió á atacarle y consideró mas prudente atrincherarse y aguardar que las labores del campo, cuya época estaba ya próxima, obligasen á dispersarse al mayor número de los campesinos que se le habian unido. Aun así costó bastante vencerle y apoderarse de él (227=842). En la Siria septentrional fueron causa particular de grande irritacion las prescripciones de Mutawakkil contra los cristianos, que vivian en gran número en aquellas comarcas, y bastó en 240 (854) una arbitrariedad del lugarteniente en Hims para provocar un levantamiento muy grave, que se reprodujo en 241 (855); y por mas que fué reprimido con toda severidad, poco duró el efecto de ésta, pues que en 250 (864) se consigna otra rebelion de los yemenitas en el mismo distrito. En la Arabia misma no habia apenas necesidad de motivos especiales para hacer levantar en armas á los beduinos: ya en tiempo de Wathik (230=845) los Benu Soleim se habian dedicado muy despreocupadamente á saquear las villas del Hedyaz, y cuando el lugarteniente de Medina marchó contra ellos con sus tropas para castigar semejante desafuero, le infligieron una derrota que fué motivo para que se unieran en seguida á los revoltosos varias tribus importantes, como los gatafan, los tesara y otros. Pronto estuvo en armas toda la Arabia septentrional y del centro, teniendo que acudir allí Boga el mayor con un ejército turco; y solo despues de sufrir mas de un fuerte descalabro, logró restablecer el órden, en parte por medio de la fuerza y en parte merced á negociaciones amistosas.

Como se ve, los combustibles que desde la caida de los omniadas se habian ido acumulando bajo la superficie del imperio y que el enérgico Mansur y los turcos de Motasim solo con bastante trabajo lograron evitar que se incendiasen amenazaban producir una conflagracion general en el primer

(1) Segun otra version, ya en 224 (839), acudillados por Scha'afar Ibn Mihirdschas, sobre cuyo fin no tenemos sino datos muy incompletos y contradictorios.

momento propicio. Bastó la desdichada impotencia gubernativa de Musta'in y sus sucesores para prenderles fuego. No produjo éste iguales efectos en todas partes. En las provincias gobernadas por enérgicos jefes militares, solo consume el lazo que hasta allí las habia unido al califato; pero en el Irak y en la misma Arabia invade toda la estructura del Estado, alcanzando tal extension que á la postre se comunica hasta á aquellas dependencias que en el primer momento debian creerse garantidas por su segregacion del ruinoso imperio, y mas de una de ellas queda igualmente convertida en cenizas. A duras penas se salva aquella parte oriental del califato que desde la época del Ma'amun parece complacerse en una tranquila é independiente existencia nacional, solo aquejada de frecuentes cambios dinásticos; pero sus territorios fronterizos son presa también de las complicaciones generales. Antes de pasar á describir éstas en toda su magnitud, haremos una sucinta relacion de su curso general.

Despues que el tahirita Mohammed Ibn Abdallah hubo gastado casi en vano sus fuerzas en la guerra civil arábigo-turca (año 250=864), empezó á decaer gradualmente la soberanía de su familia en el Este. Desde el Sedyestan hasta Kirman y Fars fué extendiendo poco á poco su poderío Ja'akub Ibn Leith, llamado *Es-Saffar*, «el calderero», fundador de la dinastía de los saffaridas (2); en el Tabaristan se sostenia desde 250 (864) el alida Hasan, y entre los territorios de uno y otro se constituyó, por aquella misma época, la casi soberanía de otra familia, la de los hijos de Abu Dolaf. Este habia sido un respetado general árabe de Harun, retirado con bastante oportunidad de la guerra civil entre Emin y Ma'amun, para que este último, despues de conseguida la victoria, le dejara vivir en paz en las posesiones que tenia en la ciudad de Karadsch y sus alrededores, en la Media, entre Hamadan é Ispahan. A fuerza de tacto y liberalidad,—valiéndole esta última las mas entusiastas alabanzas de los poetas coetáneos, alabanzas que no fueron muy del gusto del Ma'amun,—logró robustecer su influencia en aquellas comarcas, y hácia el año 250 (864) su hijo Abd El-Azis fué confirmado en el cargo de lugarteniente de la Media é Ispahan. En las guerras subsiguientes entre los saffaridas y los califas, de las cuales hemos de hablar todavía, supieron así él como luego sus hijos sostener hábilmente su posicion en medio de todo género de vicisitudes; hasta que en 284 (897), habiendo dado repetidas muestras de rebeldia, aun contra el enérgico Mótadid, Omar, el último de ellos, fué atacado vigorosamente y obligado á huir al Tabaristan. Así acabó esta pequeña dinastía, cuya aparicion es como el tipo de todas las que la siguieron. Un general capaz y despreocupado, que dispone de cierto número de tropas asalariadas, procura contraer méritos con motivo de las revueltas y guerras civiles, y consigue que se le confie una mision especial, ó acaso una lugartenencia; y tan pronto como se considera ya bastante poderoso, olvida de hacer entrega del tributo, que es lo único que, dada la independencia de los gobiernos locales, representa su subordinacion al gobierno central, y se presenta como príncipe independiente, hasta que el califa ó un concurrente mas poderoso que él le da su merecido. Así el turco Ahmed Ibn Tulun es nombrado en 254 (868) lugarteniente de Egipto; desde allí logra, en 264 (878), extender su señorío á la Siria y una parte de la Mesopotamia, y despues de robustecido el califato, en tiempo de Muwaffak, toma Mótadid á su hijo la Mesopotamia en 286 (899), lanzando contra él á los sadschidas, otra familia guerrera oriunda de aquel país. Mientras que en 292 (904-905) los tulunidas, rápidamente ve-

(2) Mas usualmente pronunciado, con poca propiedad, Soffaridas.

nidos á menos, son despojados del resto de sus dominios, los sadschidas se sostienen en el Aderbidyan, que recibieron en feudo en 276 (889-890), hasta 317 (929). En el ínterin los hamdanidas, parientes del Husein Ibn Hamdan que tan ambigua conducta habia observado á principios del reinado de Mótadid, se han encumbrado, durante la guerra con los jaridschitas, en Mosul y su comarca; en 292 (905) es transmitida oficialmente al hermano de Husein, Abu'l-Heidschá, la lugartenencia de Mosul, y desde este punto sus hijos, aprovechándose de las luchas entre los visires y emires de Mótadid y sus sucesores, logran extender poco á poco su influencia hasta la Mesopotamia y despues hasta la Siria del Norte, acabando por crearse dos reinos nada insignificantes que tienen por capitales á Mosul y Haleb. Si bien apenas llegó esta soberanía de Haleb á contar una existencia de cien años, mucho antes de la desaparicion del último hamdanida (413=1022) habia terminado ya, consiguió por méritos del célebre Seifeddaula, grande significacion para la historia del Islam, punto del cual hemos de tratar mas detalladamente. En cambio poca importancia tiene la última de estas dinastías, que en 321 (933) se constituyó de nuevo en el Egipto, conocida bajo el nombre de los ichschididas, y que perece en 358 (969) á manos de los fatimitas, ó sea de los sepultureros pseudo-alidas del Estado que fundó en otro tiempo el gran Omar.

Porque, en verdad, los alidas, tardíos pero eficaces vengadores de la injusticia que se les hizo á la caida de los omniadas, fueron los agentes de la disolucion del imperio, mas aun que la incapacidad de los califas posteriores de Bagdad, mas que los antagonismos nacionales y mas que las funestas consecuencias del régimen pretoriano. Cierta que, como tantas veces desde los tiempos de Mohtar y Mohammed Ibn El-Hanafiye, solo dieron el nombre para ello; pero en su nombre precisamente, desde la época en que el rebajamiento de los abasidas con Musta'in y sus inmediatos sucesores llegó al último grado, se hizo una propaganda peor que en los últimos tiempos de los omniadas, la cual socavó por completo los cimientos de grandes provincias y preparó explosiones cuyas consecuencias nunca mas ha podido contrarrestar el mundo islamita. Sobre todo, consumió las últimas fuerzas del Estado, que los animosos gobernantes Muwaffak, Mótadid y Muktafi habian logrado concentrar y que, sin aquella terrible hostilidad, acaso habrian bastado para devolver la salud al desquiciado organismo. Es, por lo mismo, nuestro propósito, al describir las últimas catástrofes del califato, seguir á los mas importantes de los Estados semi-independientes de que acabamos de hacer mencion, en sus crecientes aspiraciones separatistas, sin dejar de caracterizar al propio tiempo los resultados positivos obtenidos por ellos, pero apreciando ante todo la propaganda alidida, á la que creemos deber atribuir tan tremendos efectos.

CAPITULO II

EMIRES Y EMIR AL-OMARÁ

El que se propusiese escribir una exacta y minuciosa historia de los organismos políticos mas ó menos importantes que debieron su, en general, corta vida á la descomposicion del califato, tendria que llenar tomos por poco que quisiera tratar la materia con la extension que requiere. La existencia de estos Estados, basada en las cualidades personales de determinados individuos, en la violencia y el azar, es por lo general poco segura y las mas de las veces raquítica y agitada; las mismas circunstancias que facilitan la exaltacion de una dinastía, pueden á cada momento inclinar la balanza

EL ISLAMISMO

á favor de otra familia que se presente en el palenque, y acarrear su caida. Así vemos á docenas las razas soberanas de tercer órden, como la de Abu Dolaf, y á centenares las de cuarta y quinta magnitud en el extenso territorio del Islam, en el espacio de tiempo que media entre la decadencia del califato abasida y la irrupcion de los mogoles (aproximadamente 250-600=860-1200). Así como para historiar el germanismo á nadie ocurrirá la idea de exponer minuciosamente todas las vicisitudes de las familias soberanas de los príncipes de Leiningen ó de los condes de Solms, tampoco está obligado el historiador del islamismo á seguir en sus menores accidentes á todas y cada una de estas dinastías, sujetas á continuo cambio. Solo cuando en la rápida sucesion de tales apariciones pueda descubrir un punto estable, procurará explicarlo y apreciar su importancia para el desenvolvimiento del mahometismo. Ha pasado ya la época heroica del pueblo árabe, á la cual el genio de la raza, extraordinaria en medio de todo lo terrible y horroroso, habia comunicado tanto atractivo y tanta grandeza, y los actos de hombres mas pequeños no merecen que les dediquemos igual detenimiento é igual minuciosidad que á aquella. Siempre que á pesar de la creciente perversion de los tiempos se nos presenten todavía hechos de verdadera grandeza, ó de éxito duradero, tendrán tanto mas segura toda nuestra atencion cuanto que la excitará la misma rareza del caso.

Tres son las familias que durante la segunda mitad del siglo tercero y á principios del cuarto de la Egira (aproximadamente 860-960) están en mayor evidencia en la parte occidental del califato: los aglabitas en el Africa, los tulunidas en el Egipto y los hamdanidas en la Siria y en la Mesopotamia. Por mas distintas que se muestren en origen, influencia y vicisitudes, tienen las tres de comun que lograron transformar por algun tiempo importantes porciones del imperio, que ya caminaban á su disolucion, en Estados viables y librar por el momento á sus pueblos de la triste suerte de destrozarse mutuamente en que vemos sumidas, por aquella época, á las desdichadas poblaciones del centro del califato abasida. Estas tres dinastías tienen mas que todas las otras derecho á nuestra atencion, y de su historia vamos á tratar con amplitud relativamente mayor.

Dejamos al fundador de la dinastía aglabita en el punto en que, nombrado por Harun El Raschid lugarteniente de la provincia africana, reconocia debidamente la suprema soberanía de la corte de Bagdad, pero manifestando al propio tiempo con toda claridad que, si estaba muy dispuesto á acatarla en la forma, no estaba menos decidido á conservar de hecho la conquistada independencia. Este estado de cosas fué respetado por ambas partes, durante mas de un siglo, con mayor constancia y buena fe que las que podian esperarse de su misma inconsistencia. No nos consta si alguna vez se envió desde Keirowan á la capital el tributo convenido, pero sabemos que, hasta donde alcanzaba la autoridad de los aglabitas se hicieron siempre rogativas por la salud de los califas reinantes y se acuñaron las monedas con su nombre. Era tanto el respeto que se tenia en aquella apartada provincia á la autoridad del vicario del Profeta, que solo una vez, en el siglo tercero, se permitió un príncipe africano, Siyadet Allah I, el Mansur de aquella dinastía, negarse resueltamente al cumplimiento de un mandato del califa; y ciertamente que estaba en su derecho al obrar así, pues Ma'amun le habia exigido que pusiese en las monedas además del nombre del califa el de uno de sus generales (1),

(1) Segun el único dato que poseemos acerca de este punto (Fournel: *Les Berbers*, Paris, 1875, t. I, pág. 481), debió de ser Abdallah Ibn Tahir. Weil (*Historia de los Califas*, t. II, pág. 248) observa muy acertadamente que el hecho solo pudo ocurrir despues de 205 (véase además